

Integralidad ⁹₍₁₎ sobre ruedas



Montevideo,

diciembre, 2023

E-ISSN: 2697-3197

ISSN: 2301-0614

Dossier

«Extensión universitaria y alternativas pedagógicas»

Comité Editorial:

Editoras

Dra. Eugenia Villarmarzo y Mag. Marina Camejo
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Asistente de edición

Mag. Carla Bica
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Ayudante de edición

Martina Eva García
Unidad de Extensión, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Diagramación:

Unidad de Comunicación y Ediciones
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Comité Científico Académico:

Dr. Agustín Cano
Programa Integral Metropolitano/Departamento Estudios en Docencia, Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay

Dra. Ahtziri E Molina Roldán
Centro de Estudios en Artes, Universidad Veracruzana, México

Dr. Antonio Romano
Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay

Mag. Beatriz Liberman
Instituto de Formación en Educación Social, Consejo de Formación en Educación, Administración Nacional de Educación Pública / Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay

Dra. Cecilia Baroni
Instituto de Psicología, Educación y Desarrollo Humano, Facultad de Psicología, Universidad de la República, Uruguay

Dra. Eloísa Bordoli
Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, Uruguay

Dra. Marcela Carignano
Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Mag. Marcelo Pérez
Programa Integral Metropolitano / Facultad de Derecho, Universidad de la República, Uruguay

Mag. María Eugenia Viñar
Facultad de Psicología / Área social, Programa APEX, Universidad de la República, Uruguay

Mag. Natalia Laino
Instituto de Psicología Social, Facultad de Psicología, Universidad de la República, Uruguay

Dra. Sandra de Deus
Faculdade de Biblioteconomia e Comunicação da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, UFRGS, Brasil

Dra. Ximena Poó Figueroa
Instituto de la Comunicación e Imagen - ICEI Universidad de Chile, Chile

Espacio cultural El Nido: génesis y gestión de una experiencia pedagógica que se construye en tensión entre las lógicas hegemónicas y los futuros posibles

*Luz Jennifer Reyes Perlas¹, Camila Ruiz Vizcarra²,
María Noelia Silva Riet Correa³, Leonidas Raquel Vizcarra Brizueña⁴*

Recibido: 24/03/2023; Aceptado: 23/08/2023
DOI: <https://doi.org/10.37125/ISR.9.1.11>

Resumen

El presente artículo da cuenta del acercamiento al espacio cultural El Nido. La producción de este escrito se enmarca en el Espacio de Formación Integral «Pedagogía Social: La dinámica de la gestión de centros educativos» de 2022 y «Pedagogía Social, Territorialidad y (Eco) Feminismos» de 2023 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República. Asumimos un propósito exploratorio de alcance descriptivo de la dimensión pedagógico social de este espacio cultural a través del trabajo de campo en articulación con aportes teóricos. Este consistió en entrevistas, diálogos con los fundadores, participación en la clase de canombe y recolección de información a través de sus redes sociales.

Este escrito se construye desde la perspectiva del sujeto en relación con su territorio, en el que diversos puntos de vista tales como el individual, el colectivo, el común y lo contingente confrontan las presiones de fuerzas hegemónicas, ya que, lo observado en el centro, se acerca mucho a la visión de lo que Linsalata (2018) describe como «el gran potencial transformador de la multiplicidad de experiencias autogestivas que producen» .

- 1 Estudiante de la Licenciatura de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. luzreyesperlas1980@gmail.com
- 2 Estudiante de la Licenciatura de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. camilaruiz9722@gmail.com
- 3 Estudiante de la Licenciatura de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. noeliasilva.rietc@gmail.com
- 4 Estudiante de la Licenciatura de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. raquelvizcarra@gmail.com

El espacio cultural El Nido es un centro que reúne a la organización vecinal de habitantes del barrio La Capuera. La primera motivación movilizante hacia una reunión de vecinos fue el interés de aprender candombe, esto los llevó a gestionar dichas clases, a las que siguieron las de rap, teatro, ajedrez, entre otras. El haber logrado este primer objetivo los empoderó, a partir de lo cual supieron devenir en un grupo capaz de plantear y ensayar la resolución de problemáticas comunes como habitantes de un barrio estigmatizado con el epíteto de «barrio de delincuentes» y en donde la posesión de la tierra que habitan está en constante amenaza de desalojo. El entusiasmo que se respira en este espacio motivó la creación de suborganizaciones abocadas a solucionar la diversidad de necesidades sentidas por esta comunidad.

Palabras clave: pedagogía social, cultura local, territorio

Resumo

Este artigo dá conta da abordagem ao espaço cultural El Nido. A produção desta escrita insere-se no Espaço de Formación Integral «Pedagogía Social: La dinámica de la gestión de centros educativos» de 2022 e «Pedagogía Social, Territorialidad y (Eco) Feminismos» de 2023 na Facultad de Humanidades y Ciencias da Educación da Universidad de la República. Assumimos um propósito exploratório de âmbito descritivo da dimensão sociopedagógica deste espaço cultural através do trabalho de campo em articulação com contributos teóricos. Constatou de entrevistas, diálogos com os fundadores, participação na aula de candombe e coleta de informações por meio de suas redes sociais.

Essa escrita é construída a partir da perspectiva do sujeito em relação ao seu território, em que diferentes pontos de vista como o individual, o coletivo, o comum e o contingente enfrentam as pressões das forças hegemônicas, pois, o que se observa no centro, está muito próximo da visão do que Linsalata (2018) descreve como «o grande potencial transformador da multiplicidade de experiências de autogestão que produzem» .

O espaço cultural El Nido é um centro que reúne a organização dos habitantes do bairro La Capuera. A primeira motivação mobilizadora para uma reunião de bairro foi o interesse em aprender candombe, isso os levou a administrar essas aulas, que eram seguidas de rap, teatro, xadrez, entre outros. Alcançado este primeiro objetivo, capacitou-os, a partir do qual souberam constituir um grupo capaz de suscitar e ensaiar a resolução de problemas comuns enquanto habitantes de um bairro estigmatizado com o epíteto de «bairro delinquente» e onde a posse dos terrenos que habitam está em constante ameaça de despejo. O entusiasmo que se respira neste espaço motivou a criação de suborganizações dedicadas a resolver a diversidade de necessidades sentidas por esta comunidade.

Palavras-chave: pedagogia social, cultura local, território

Comienzos y acercamientos

*Esa «experiencia del habitar» nos remite
a la contingencia cotidiana, al conjunto de acontecimientos
que conforman el estar-siendo en el aquí-ahora situado,
en donde los sujetos nos sujetamos (nos sujetan)
a la trama de significados del ser en el estar.
(Rodríguez, 2019, p. 29)*

De acuerdo con la propuesta del Espacio de Formación Integral (EFI) «Pedagogía Social y Práctica Educativa en la dinámica de gestión de centros», decidimos acercarnos a un centro cultural en el que, entendemos, se practica la pedagogía social. La proximidad al territorio definió la elección del centro cultural El Nido como oportunidad para conocer una experiencia comunitaria.

El Nido está ubicado junto a la Laguna del Sauce, frente a un balneario en desarrollo. Este espacio, en el que se ha dado un crecimiento demográfico acelerado en los últimos años, con las consecuencias que en general producen dichos fenómenos, alberga en su territorio una población ampliamente heterogénea proveniente de diferentes localidades, ciudades y departamentos. Esto debido a que Maldonado es visto desde otras regiones del país como un lugar de oportunidades de trabajo que genera la actividad turística que caracteriza esta región. Dentro de este territorio, el espacio cultural El Nido ofrece una amplia gama de actividades con un eje en la construcción de lo común. Entendemos esta idea de «lo común» como lo establece Cornu (2012) para quien comunidad refiere a un grupo particular, de «iguales», cerrado en sí mismo, mientras que lo común responde a una pluralidad abierta (p. 134).

El individualismo de sociedades de masas nos hace idénticos, indiferenciados, fusionados, aislados: tenemos todo en común sin poner nada en común, compartido o en público. Una forma de lo común desolada o arcaica está en expansión, mientras que una forma de lo común política está en proceso de borramiento (Cornu, 2012, p. 36).

El barrio donde se ubica es protagonista de una variedad particular de construcciones simbólicas, estereotipos y prejuicios. Estas premisas fueron obtenidas en los primeros diálogos con miembros de la comunidad, ya que, para comenzar a construirlo a nivel conceptual, se requirió una serie de entrevistas, en territorio, con los fundadores de El Nido. Dichos encuentros resultaron en extremo enriquecedores, ya que no solamente fueron explicitados los pilares fundacionales del espacio, sino también aquellas problemáticas que han detectado en su comunidad y cómo las han abordado. Uno de estos problemas es el hecho de que al barrio se lo considere como «La Capuera, barrio de delinquentes» (M. Pérez, comunicación personal, 29 de octubre, 2022). Esta conceptualización negativa sobre el territorio lleva a que se tenga una visión parcializada de la complejidad de este y de su comunidad, generando limitaciones en las percepciones de los sujetos y sus totalidades, en tanto potencias. Un ejemplo de esto es el caso de un adolescente del barrio que, según nuestros

entrevistados, abandonó el liceo al que asistía en Piriápolis, debido al trato despectivo que recibía, por parte de sus pares, simplemente por la procedencia del barrio de pertenencia: La Capuera.

De esta manera, los entrevistados expresan que el colectivo vio la necesidad de revalorizar el barrio, entendiendo que vivir en él es un privilegio.

Los terrenos tienen desde 1000 a 5000 metros, esto sumado a la belleza natural del entorno da cuenta de que no fue pensado para albergar a la clase obrera. En un intento de cambiar la construcción social negativa, es decir la apariencia delictiva con la que se conceptualiza el barrio, es que trabajamos, desde lo artístico, la construcción de una identidad común que contemple la conciencia del privilegio de vivir en el lugar en que vivimos y que se nos conozca, simplemente, como gente trabajadora (M. Pérez, comunicación personal, 2 de noviembre, 2022).

Por ello, concuerdan en que lo que necesitan es una identidad colectiva que los libere de los prejuicios y estereotipos negativos con los que cargan, y que repercuten en los miembros de la comunidad. Frente a todo esto, destacan que «siempre hubo gente organizada» (M. González, comunicación personal, 29 de octubre, 2022). Entre los logros que mencionan, como consecuencia del trabajo insistente de personas que luchan por el bienestar del barrio, se encuentran: la creación de la escuela, una institución de educación media, una policlínica entre otras instituciones.

Figura 1. Cartel



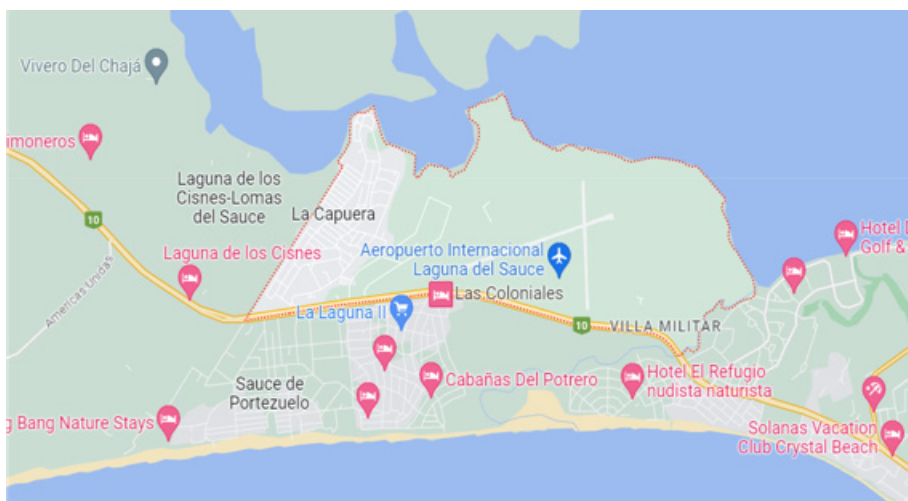
Fuente: Elaboración propia

Caracterización educativa del centro

Es un espacio cultural autogestionado en donde se brindan diferentes propuestas a la comunidad. Entre ellas están actualmente los talleres de género, tambores, candombe, danza, rap, teatro del oprimido y ajedrez. Se ofrecen diversas charlas con profesionales en temáticas diferentes que abordan desde lo cultural, lo social y lo ambiental. Como lo expresó Mariana, «El Nido es un espacio de encuentro para la gente del barrio, en el que todos nos fortalecemos como sujetos capaces de afrontar la vida, transformar aquellas injusticias mediante la lucha unida y crecer como comunidad» (M. Pérez, comunicación personal, 29 de octubre, 2022). Por ello, los talleres, tienen una orientación desde la educación popular y se comparten saberes desde la horizontalidad de la relación educativa, «acá nadie enseña, sino que comparte su experiencia» (M. Pérez, comunicación personal, 29 de octubre, 2022). Esta relación horizontal que promueven se ve reflejada, como explica Mariana, en que no tienen vedettes en el conjunto de bailarines que acompaña al desfile de comparsas.

Primero porque la figura de vedette no es una figura del candombe como cultura original y segundo, porque cuestionamos lo que promueve la figura de vedette. Pensamos que la vedette tiene una connotación de mujer como producto para el consumo, además de posicionar un estereotipo de mujer con ciertas medidas y características para ponerlas por encima de otras. Eso no es una mujer, eso es un producto de consumo. Entonces, si vos venís un día al taller de candombe se te va a explicar que no competimos, sino que participamos, que no se consume alcohol, que no se consume droga, y si estás de acuerdo con estos principios podés venir (M. Pérez, comunicación personal, 29 de octubre, 2022).

Figura 2. El Nido Mapa



Fuente: Google Maps

De estas afirmaciones podemos inferir los valores humanos que posee este grupo.

A su vez el espacio se utiliza para festivales de música, para organizar ollas populares y, en ocasiones, se vincula con otras instituciones como el Centro Universitario Regional Este o el Instituto Universitario Francisco de Asís, la Asociación de Mujeres Rurales, entre otros, tanto para trabajos de campo como para la realización de actividades.

Enclave territorial

La Capuera es una localidad perteneciente al municipio de Piriápolis. Se encuentra situada en la zona suroeste del departamento de Maldonado, delimitada al norte por la Laguna del Sauce, al sur por la ruta Interbalnearia y al este por el aeropuerto de Laguna del Sauce.

Está a 18 km de la ciudad de Maldonado y a 16 km de la ciudad de Piriápolis. En sus comienzos, esta localidad surgió en los años sesenta, a partir de un emprendimiento privado conformado por desarrolladores argentinos. Según relato de uno de los entrevistados, los emprendedores «pidieron un préstamo a un banco uruguayo, tomaron la plata y se fueron, con lo cual la tierra quedó en situación fiscal» (M. González, comunicación personal, 29 de octubre, 2022). Los primeros pobladores eran pescadores. Luego, alrededor de los años noventa, se empezó a poblar con personas que venían buscando formas alternativas de vida. A partir del año 2000,

ante la incapacidad de la municipalidad de cumplir con la adjudicación de viviendas, desde las políticas sociales que así prometieron, la misma intendencia empezó a traer personas de todos lados, muchas veces producto de desalojos de otras zonas, y las dejaban aquí, así se empezó a llenar de gente con problemáticas de las más diversas y sin una identidad que unificara al barrio. Es ahí cuando empieza a surgir la mala fama, a pesar de la existencia de personas organizadas que querían hacer otra cosa (M. González, comunicación personal, 29 de octubre, 2022).

Es así como se sumaron muchos más habitantes al barrio que, según nuestro entrevistado, es uno de los barrios de mayor crecimiento de América Latina. Hoy en día el barrio cuenta con aproximadamente 8000 habitantes, situación que los lleva a reclamar se los considere un municipio más del departamento y que les dé independencia del Municipio de Piriápolis, al que pertenecen actualmente y con el que mantienen no solo distancia geográfica, sino sociales, culturales, locales y económicas.

Una de las preocupaciones más acuciantes, en este momento, son los desalojos. González señala:

Gobiernos de uno y otro signo del departamento de Maldonado no han sido capaces de plantear soluciones plausibles. Uno de estos gobiernos entregó el problema social [refiriéndose a la irregularidad de algunos asentamientos que existen en la zona] a manos privadas, los que hacían firmar, a los ocupantes, el compromiso de pagar cuotas de montos que se sabían eran imposibles de cumplir, lo cual dio pie legal a los desalojos (M. González, comunicación personal, 29 de octubre, 2022).

Esta situación genera una clara indignación, esto se percibe en la alteración del tono de voz de nuestros entrevistados. Comentan también:

Las cuotas deben ser pagadas en su totalidad por todos los que accedieron a firmar los documentos para poder adquirir la titulación de los terrenos. Se trata de terrenos que tienen grandes deudas con la municipalidad por parte de los dueños originales que son básicamente dos sociedades anónimas representadas por un apoderado quien es el que negocia con la Intendencia la deuda que paga con las cuotas que colecta de los ocupantes (M. Pérez, comunicación personal, 2 de noviembre, 2022).

Dentro del mosaico de situaciones particulares respecto a la posesión de la tierra, existen, también, algunas familias que están censadas, pero que no tienen conexión a los servicios ni de electricidad ni de agua.

Figura 3. El Nido Laguna



Fuente: elaboración propia

Enmarcado por un entorno con características agrestes y de cierta urbanización, el territorio presenta un medio natural, lleno de árboles y jardines floridos a un costado de la Laguna del Sauce. Entre las casas pudimos observar que muchas son de material sólido y algunas denotan precariedad. Las calles principales son de asfalto, mientras que las interiores son de pedregullo. De todas maneras, los entrevistados hacen énfasis en lo diferente que es el lugar, en comparación con otras localidades cercanas, y analizan el crecimiento, así como también los cambios que se han ido suscitando en los últimos años.

De acuerdo con datos del Observatorio Territorio Uruguay (Oficina de Planeamiento y Presupuesto, 2011), según el censo de 2011, el territorio presentaba una densidad de 235,7 habitantes por km². De un total de 925 hogares particulares se censaron 1500 hombres y 1302 mujeres, de los cuales surge que el 41,2 % de los hogares (dimensión vivienda) tiene al menos una necesidad básica insatisfecha, lo que deja de manifiesto las carencias críticas en la materialidad de la vivienda, en cuanto espacio habitable (hacinamiento) o espacio apropiado para cocinar.

En cuanto a las ocupaciones se destaca que 29,8 % de los jóvenes entre 14 y 24 años no estudiaba ni trabajaba, y la tasa de desempleo muestra que es mayor en mujeres (10,8 %) mientras que en los hombres es del 3 %.

Es importante hacer mención que el territorio ha sido de acogida para la migración ya que 1689 personas censadas en 2011 provenían de fuera del departamento. Solo el 55 % tenía una permanencia de al menos 5 años, mientras que 22,9 % provenía de otra localidad o paraje del departamento, 20,6 % de otro departamento y 1,4 % de otro país.

El centro cultural se encuentra en el parrillero de la casa de nuestros entrevistados, a quienes referiremos como Mariana Pérez y Humberto González (seudónimos provistos para preservar su identidad), quienes son miembros fundadores del centro. Esta edificación, al principio, era un espacio abierto que con la ayuda de la comunidad fueron modificando para que tuviera paredes y baño. Tiene techo a dos aguas y un agregado a un costado que lo amplía. En una pared se alza una copiosa estantería de libros y del techo cuelgan un montón de tambores de todo tamaño.

En el patio y al lado del parrillero, se encuentra el espacio del fogón donde los vecinos se reúnen a plantear sus problemas y a debatir soluciones, a compartir música, cenas y charlas amenas siempre teniendo en cuenta la horizontalidad de la relación entre sus miembros. A su vez, notamos una huerta con un letrero que reza «Vecinos en la Huerta». Al preguntarles por este peculiar nombre, nos responden que es el resultado de haber reciclado los letreros de «Vecinos en Alerta» (este tipo de letreros se encuentran presentes en barrios en donde los vecinos se comunican por WhatsApp la percepción de peligro por la presencia de personas ajenas al barrio). Ellos transformaron estos letreros sustituyendo, primero, el color rojo de alerta por el verde de la huerta, y, segundo, cambiando la connotación negativa del letrero por otro que refleja que hay vecinos que participan de una huerta para generar una autonomía agroalimentaria.

Génesis del espacio cultural

De acuerdo con los entrevistados, este espacio cultural surge a partir de la agrupación de 5 amigos en busca de aprender a tocar tambores y familiarizarse con el candombe. Para ello, iban a un taller en la localidad de Punta Negra, pero la lejanía y el ambiente poco adecuado para los niños derivó en la idea de armar una juntada de candombe en el propio jardín de la casa de nuestros entrevistados. De tener tan

solo cinco miembros inicialmente, pasaron a ser treinta personas en poco tiempo. Se reunían todos los miércoles y después del toque compartían una cena que solía ser pizza o guiso. El ambiente familiar y amigable era muy agradable para los vecinos del barrio. Así surgió la primera comparsa, que se llama Lonja de los Barrios (M. Pérez, comunicación personal, 2 de noviembre, 2022).

Este colectivo de personas vio la necesidad de organizarse y autogestionarse para un mejor desarrollo de las actividades y de los propósitos que iban surgiendo en cada encuentro. En 2016, un año después de su comienzo, realizaron el primer desfile de carnaval del barrio. Al ver que muchas personas no podían asistir al carnaval de Punta del Este por el horario y la falta de transporte, decidieron convocar a las cuerdas de tambores y a las bandas musicales que habían participado del carnaval, para que desfilaran por el barrio de La Capuera. Este evento ahora se realiza todos los años, con excepción de uno que fue suspendido por la pandemia. Los recursos generados en el desfile se volcaron en la comunidad, con lo cual pudieron brindar más talleres de candombe, danza, rap, entre otros. (M. Pérez, comunicación personal, 2 de noviembre, 2022).

La convocatoria a los talleres se hacía cada vez más grande y, al advertir que cerca de la mitad eran jóvenes y niños, decidieron, inspirados por un poema de uno de los vecinos, ponerle al espacio cultural un nombre alusivo al hecho de que estaban siempre rodeados de niños: El Nido.

Enclave institucional y gestión del espacio

El Nido es un espacio cultural autogestionado por el colectivo de personas que lo conforman, en su mayoría, residentes del barrio La Capuera, organizados por unas veinte personas aproximadamente. No tienen personería jurídica. El financiamiento surge del colectivo a través de distintas propuestas, como la venta de ñoquis, los recitales de música donde ponen una cantina para vender alimentos, fogones para generar encuentros, entre otras actividades lucrativas. Además, cuentan con profesores de las actividades que se llevan a cabo en el centro, que reciben una remuneración a la gorra o brindan clases en forma honoraria. A pesar de que no tienen muchos recursos, buscan la manera de lograr sus objetivos.

El no tener personería jurídica es tema de debate interno, que no impide el nexo con la municipalidad en circunstancias específicas. Un ejemplo de esto es su proyecto de huerta, donde varios vecinos de la comunidad actualmente trabajan plantando en una parcela de tierra que solicitaron al Municipio de Piriápolis con la finalidad de producir vegetales para el consumo de la población del barrio. Los productos también son utilizados para ser vendidos en las ferias y así invertir en la misma huerta. Es decir, el espacio, en su conjunto, es capaz de establecer los vínculos que considera necesarios para atender algunas de las necesidades de la comunidad, independientemente de las tensiones que existen entre ellos y la municipalidad. Las tensiones entre

el Centro y algunas instituciones generan la discusión interna de sus participantes, quienes entienden que, como contrapartida, ante el ofrecimiento de ciertas ayudas económicas, se les exige la formalidad de la personería jurídica como forma de control de sus actividades, situación frente a la cual se resiste parte del colectivo (H. González, comunicación personal, 29 de octubre, 2022).

Las instancias dialógicas dan cuenta de los sentires de los actores de este espacio, no solamente en la profunda carga emocional de sus relatos, sino también en la calidez y apertura que dieron a nuestro equipo de trabajo al momento de invitarnos a su fogón. Asimismo, ellos expresan que, «cuando logran concretar algo de lo que se propusieron, eso les da motivación a seguir ampliando sus metas». Los profesores que imparten los talleres tienen distintos acuerdos con el colectivo. Algunos lo hacen de forma gratuita, otros a la gorra. En el caso de la profesora de teatro, ella pertenece a la Dirección de Cultura de la Intendencia y tiene horas de extensión que designó para ofrecer el curso en el espacio cultural. En el caso de las cuerdas de tambores y los músicos que participan del desfile, lo hacen de forma honoraria.

¿Se puede considerar al centro cultural como un espacio de transmisión que plantea un enfoque educativo en sus encuentros?

Desde su génesis este centro ha estado marcado por la conexión con la tierra, tal como lo expresaron sus gestores, la necesidad de conectar en el sano encuentro, hombre/tambor, tambor/tambor, sonido/cuerpo, cuerpo/territorio, territorio/historia, historia/presentes/futuros. Encuentros que se dan en «un mundo compartido [...] a través de un actuar en común, a través de un pensamiento atento y crítico, en acto» (Cornu, 2012, p. 133).

Su origen, lo caracteriza y pretende dar continuidad a su espíritu territorializado, en el que se ponen en juego su historicidad, los presentes que emergen y que los colocan en un mar de incertidumbres, donde lo único que está concretizado es ese deseo de continuidad, en tanto definen su existencia actual por entender, que es, como lo dice una de nuestras entrevistadas, «una utopía realizable» (M. Pérez, comunicación personal, 2 de noviembre, 2022). Para Foucault (1967), las utopías son sitios sin lugar real, y propone contraponer al término la idea de heterotopía, que define así:

También hay, probablemente en cada cultura, en cada civilización, lugares reales, lugares que existen y que se forman en la fundación misma de la sociedad, que son algo así como contrasitios, una especie de utopía efectivamente promulgada en la que los sitios reales, todos los demás sitios reales que se pueden encontrar dentro de la cultura, están representados simultáneamente impugnado e invertido. Los lugares de este tipo están fuera de todos los lugares, aunque sea posible indicar su ubicación en la realidad. Debido a que estos lugares son absolutamente diferentes de todos los sitios que reflejan y de los que hablan, los llamaré, a modo de contraste con las utopías, heterotopías.

La conexión con el término *heterotopía* puede plantearse en tanto este centro cultural es un espacio que pertenece a un lugar en el que históricamente sus pobladores han sentido la estigmatización y buscan reivindicarse. El centro nace desde la libertad de los sujetos de reunirse en torno a sus intereses y necesidades, y con esa misma esencia se fusiona en sus propuestas e ideología, con los objetivos planteados de ser refugio de esos sujetos en tanto se reconstruyen desde lugares comunes, en el encuentro y generando identidades con sentido de pertenencia al territorio común, con lo cual ponen un límite, desde el cuerpo, al capitalismo. Al respecto, Federici (2022) establece:

Cuando hablo del cuerpo como un «límite natural», me refiero a la estructura de necesidades y deseos que se ha creado dentro de nosotros no solo a través de nuestras decisiones conscientes o nuestras prácticas colectivas, sino también a través de millones de años de evolución material: la necesidad de sol, de cielo azul, del verde de los árboles, de olor a bosque y a océano, la necesidad de tocar, oler, dormir y hacer el amor (p. 133).

A nuestro entender se posibilita en El Nido la gestación del sujeto político, del sujeto colectivo y activo en la transformación.

Allí, prima la idea de que es posible un sujeto colectivo conectado con su territorio, capaz de superar los condicionamientos y construir su existencia en comunidad con la naturaleza. Desde esta perspectiva podemos relacionarlo con lo que plantea Escobar (2014), quien establece el pensar desde el corazón y la mente a través del concepto del «sentipensamiento» y expresa que «es la forma en que las comunidades territorializadas han aprendido el arte de vivir» (p. 16). Este autor define al territorio como un «espacio colectivo, compuesto por todo el lugar necesario e indispensable donde hombres y mujeres, jóvenes y adultos, crean y recrean sus vidas. [...] Es un espacio de vida donde se garantiza la supervivencia étnica, histórica y cultural» (p. 88).

Entender la génesis de El Nido, implica pensar en la vinculación del cuerpo y el territorio como espacio de relaciones de producción de conocimientos culturales, colectivos, ambientales, en los que se destaca la importancia «de ese tejer en comunidad» (García, Balmaceda y Martina, 2022, p. 31), y la interacción con todo lo vivido así lo plantean en su red social de Instagram, donde como epígrafe a una foto referente a la Huerta expresan: «La neblina no oculta la esperanza. La vida sembrando vida. La dignidad en el cuerpo y con las manos en la pala» (El Nido Espacio Cultural, 2022).

Es así como nos preguntamos, ¿se dan en El Nido encuentros que podamos definir como prácticas educativas? Morales (2017a) expresa en relación con el sentido de las prácticas educativas:

El sentido tiene que ver con el rumbo al que queremos destinar nuestras prácticas, a lo que queremos que a partir de ellas se genere. Nos recuerda constantemente que una práctica educativa no cierra en sí misma, sino que se construye en ligazón con lo social, con la cultura de nuestro tiempo, con nuestros contemporáneos y con nuestros antepasados (p. 197)

Por ello, una práctica educativa puede definirse en el encuentro y sentido que ponen los sujetos, en tanto: «El sentido no puede extraerse de las prácticas educativas sin dialogar con los participantes, no es un atributo objetivo de las prácticas, sino que surge en el intercambio subjetivo, es una construcción intersubjetiva» (Morales, 2017a, p. 197).

Los organizadores del centro lo definen como «espacio cultural, autogestionado, El Nido abierto, diverso, colectivo y popular», en ello está implícito que hay transmisión de la cultura con un sentido. Es por eso por lo que a partir de la cita de Morales podemos entender que: «La transmisión implica una ligazón entre pasado, presente y futuro, la posibilidad de construir lazos con quienes ya no están y volverlos parte de nuestra vida. En la transmisión se funda la posibilidad de una vida juntos» (Morales, 2017a, p. 201).

Las particularidades del centro cultural nos invitan a cuestionarnos sobre los aspectos que lo hacen un proyecto de pedagogía social. En ese sentido, intentaremos analizarlo desde la mirada de la pedagogía social que propone Morales (2017b), quien sostiene que las prácticas educativas han sido sometidas, históricamente, a la lógica del «proyecto pensado», sin embargo, este hecho, según lo plantea Deligny (2015), siempre «nos cobra un peaje», porque no da lugar a la atención del acontecimiento. Por ello, en El Nido, más allá de tener claros los objetivos de su quehacer, se atiende fundamentalmente a lo contingente, en tanto trazo que da cuenta de las complejidades que surgen en un territorio en el que las problemáticas son parte del diario vivir.

En este sentido, el centro cultural no tiene un proyecto registrado por escrito explícitamente, pero da cuenta de este a partir de sus espacios comunicativos como son las redes sociales, así como en sus acciones y actividades. Su proyecto se va construyendo en el cotidiano encuentro, en la propuesta acercada por algún integrante, o en las vinculaciones con otros grupos, pero manteniendo la coherencia con los principios de su génesis, los que enuncia Mariana, tales como la autonomía, de la cual da cuenta el funcionamiento de la organización, la igualdad, que se demuestra en el trato horizontal entre sus miembros. Pero fundamentalmente desde la solidaridad, la subsidiaridad y la humanización que promueve un crecimiento consciente en los valores humanos de libertad, responsabilidad y sentido social (M. Pérez, comunicación personal, noviembre, 2022). Para Ruggiero (2012), la autonomía es alcanzada por nosotros cuando devenimos en sujetos reflexivos, es decir, cuando podemos cuestionar las significaciones imaginarias sociales que incorporamos desde que llegamos al mundo.

El centro cultural promueve el encuentro libre y gratuito para la transmisión de la cultura que permita la construcción de una identidad local y colectiva. En las entrevistas se plantea que quienes allí llegan lo hacen libremente, conscientes de que es un espacio compartido y construido en colectivo desde la horizontalidad, la libertad y el respeto, practicando lo que Morales (2020) expresa como «el permanente intento de pensar lo que se hace y de saber lo que se piensa» (p. 81). Es así como, la construcción

del Centro Cultural se desenvuelve a partir de su territorio, sus circunstancias, sus anhelos de aprender, su gente y sus acciones. Por ello, para entender la relación con la cultura local, citamos aquí a Morales, quien acerca la visión de Freire, al reflexionar sobre la implicancia de la cultura local dice que «así como es un error permanecer adherido a lo local, perdiendo la visión del todo, también es un error flotar sobre el todo sin referencia a lo local de origen» (Morales, 2017a, p. 112).

El centro se inspira en la pedagogía de Freire, la cual legitima la construcción de sujetos políticos que aportan a la construcción de un espacio comunitario particular. Este hecho lo corroboramos en la mención de Freire en diversas ocasiones en medio del intercambio dialógico con nuestros entrevistados, así como también en el homenaje a Freire al titular las clases de teatro como Teatro del Oprimido, haciendo con esto clara referencia a la obra *Pedagogía del oprimido* de este autor. Las actividades que se llevan a cabo en este centro procuran agenciar futuros posibles dentro de una realidad social y cultural desafiantes en un contexto de conflictos socioeconómico-culturales.

Otra forma de expresión de las problemáticas y sentimientos que se promueve es a partir de la murga Apariencia Delictiva, la que se expresa entre poesía y denuncia. Esto, sumado a otros espacios y actividades generan y posibilitan acercamientos a temas de interés comunitario. En relación con esto es que nos referimos a Freire, quien en su obra la *Pedagogía de la esperanza* propone la necesidad de «fomentar una educación emancipadora desde las realidades de los pueblos y no desde la perspectiva hegemónica de los países más desarrollados. No hay cambio sin sueño, como no hay sueño sin esperanza» (Freire, 1997).

En este sentido, educar es también concientizar, como señala uno de nuestros entrevistados, cuando dice: «De todas maneras, lo más peligroso son las personas que se reúnen» (M. González, comunicación personal, 29 de octubre, 2022), haciendo alusión a la construcción colectiva en la que se concientiza.

Desde esta perspectiva freiriana, entendemos que en el centro cultural se propone posibilitar espacios de prácticas educativas que fomenten «la praxis de los sujetos históricos y transformadores de la realidad como forma del trabajo humano» (Freire, 1997, p. 59).

Los sujetos en estas prácticas dan cuenta de una relación educativa que trasciende el tiempo y el espacio, en la transmisión de la cultura, pero sobre todo priorizando la dimensión del encuentro libre, en el que «Nadie educa a nadie —nadie se educa a sí mismo— los hombres se educan entre sí mediatizados por el mundo» (Freire, 2005, p. 75). Un ejemplo de ello es el encuentro que genera el candombe. Uno de nuestros entrevistados señala que «la experiencia de los tambores es algo que no se puede explicar, es algo que hay que vivirlo. Es una vivencia fuerte que une a la comunidad. En el toque de tambores se encuentra la conexión con la cultura ancestral, la expresión de emociones y la libertad» (M. González, comunicación personal, 29 de octubre, 2022).

Figura 4. El Nido Tambores



Fuente: elaboración propia

El presente año, retomando los encuentros y los diálogos con el espacio en el marco del EFI Pedagogía Social, Territorialidad y (Eco) Feminismos, acudimos a la invitación de una clase de candombe para vivenciar la experiencia. Esta ocasión nos permitió observar y participar de la primera clase del año. Como llegamos temprano, pudimos observar la manera en que se relacionan los vecinos que se iban acercando al centro. El saludo fraterno fue la presentación de todos los que allí se hicieron presentes. La expectativa por un nuevo encuentro y compartir la experiencia primaba en todos ellos. La primera consigna consistió en presentarnos, exponer nuestras expectativas con respecto a las clases de candombe y aportar una palabra que surgiera a partir de pensar en él. El tiempo dedicado a la presentación fue bastante extendido ya que, en palabras de uno de los organizadores, «es más importante el conocernos y conectarnos como vecinos que tocar los tambores» (H. González, comunicación personal, 12 de mayo, 2023). Las palabras *ritmo*, *música*, *tambor*, *encuentro*, *liberación*, entre otras, llenaron la sala a la vez que los nombres de los participantes. Seguidamente, los talleristas contaron la historia de cómo surgió el candombe en Uruguay. Relatos de sufrimiento y resiliencia de personas de veinte naciones africanas esclavizadas y traídas a América crean conciencia del sufrimiento del otro. El clima que se respira en El Nido es de cuidado del otro, y ello se percibe en el ritmo pausado del relato, en el tono de voz, en la incitación a participar, en la ayuda a los

que, por primera vez, se acercan al centro, en la amabilidad y en la escucha atenta. Podemos decir, con relación al taller, que así como surge la propuesta de escucharse y acompañarse de los presentes es también la forma en que el ritmo de los tambores se va gestando, en una secuencia en la que hacen con sus sonidos una conversación entre el chico, el repique y el piano.

Además de música, charlas, talleres y la olla compartida, el fogón de reunión del espacio cultural alberga la organización política de la comunidad. Es allí donde «las luchas se ven en términos de autoorganización enfocada en la construcción de formas de poder no estatales, las cuales se manifiestan como microgobiernos barriales o anti-poderes dispersos; es decir, una territorialidad alternativa a la del Estado» (Escobar, 2014, p. 53). En el Centro se transmite, se educa, se piensa, se reflexiona, se «explora la dimensión política de la educación, la posibilidad de trascender cada intervención, contexto, sujeto, grupo o proyecto para impactar en la sociedad, sus reglas de juego y la distribución del poder (Morales, 2020, p. 81). Esto lo vemos en lo que plantea Humberto, para quien a partir del Espacio que genera El Nido se ha logrado que la comunidad del barrio se reúna para tratar y discutir diferentes formas de lucha y reclamos ante las problemáticas que viven, por ejemplo, el corte de ruta para llamar la atención de la población, o la gestión de la huerta comunitaria en relación a la autonomía que conlleva producir sus propios alimentos, además de las clases mencionadas que han podido propiciar (H. González, comunicación personal, 2022).

Es así como en estos encuentros se generan los «entramados comunitarios», que Raquel Gutiérrez (2017) define como «la multiplicidad de mundos de la vida humana que pueblan y generan el mundo bajo pautas diversas de respeto, colaboración, dignidad, y reciprocidad, no exentas de tensión, y acosadas, sistemáticamente por el capital» (p. 33).

Durante la pandemia, el mundo experimentó el aislamiento, el teletrabajo y el individualismo llevado al extremo. En el barrio La Capuera, la situación llevó a los vecinos al desempleo y al borde de la inanición. Ante esta situación y a pesar de las recomendaciones de no aglomeración, la comunidad decidió unirse para afrontar las adversidades. Resolvieron llevar adelante una olla popular dos veces por semana, que llegó a repartir alrededor de 400 viandas por vez. «Lo importante [señala nuestra entrevistada] no era solamente organizar el alimento, sino reconocernos e identificarnos como comunidad» (M. Pérez, comunicación personal, 29 de octubre, 2022). Da cuenta de esta impronta «El rap de La Capuera», que es producto del taller de rap y está publicado en el canal de YouTube del espacio cultural. En cuyas letras leemos: «Bienvenido a La Capuera, este es un barrio diferente, en momentos difíciles, se une toda la gente, en calles sin asfalto, solidaridad presente, gente trabajadora, mucho más que delincuente...» (El Nido Espacio Cultural, 2021).

A su vez, gestionaron el préstamo de un predio municipal para instalar una huerta orgánica comunitaria. Así, mientras el «unimundo» globalizado nos separaba en

cubículos, la lógica relacional y comunal de esta comunidad construye un mundo diferente. «Algunas veces estos conflictos revelan diferencias entre mundos. Lo que está en juego, en otras palabras, es la existencia continuada del pluriverso [...] como “un mundo en que quepan muchos mundos”» (Escobar, 2014, p. 59).

Consideraciones finales

El espacio cultural El Nido invita a la «experiencia del habitar» (Rodríguez, 2019, p. 29) en el diario vivir de sujetos que son potencia, que viven con condicionamientos, pero que se niegan a las determinaciones. El espíritu de libertad y comunidad promueve el tejido de relaciones en las que se crece con otros. El centro da lugar a resignificaciones que procuran establecer un vínculo profundo con el territorio y aquellos que lo habitan. Ello conforma el «estar siendo» (Rodríguez, 2019, p. 29) que busca erradicar los viejos estigmas que fueran mencionados a lo largo de este trabajo. Desde la comunidad, desde la conexión con la historicidad y el territorio como «lugar en el que crean y recrean sus vidas» (Escobar, 2014, p. 88) en consonancia con la naturaleza.

En este sentido, las prácticas allí desarrolladas actúan en relación con el territorio y las necesidades de la población que lo habitan, y que buscan potenciar el desarrollo de futuros posibles, atendiendo a la dimensión comunitaria del territorio en el que «lo común» engloba «un mundo compartido [...] a través de un actuar en común, a través de un pensamiento atento y crítico, en acto» (Cornu, 2012, p. 133).

Es así como en el encuentro se genera, además de la transmisión de conocimiento, el espacio para la exposición, el debate y la resolución de problemáticas que tiene la comunidad. Se pudo observar que en sus encuentros se busca el fortalecimiento de aquellos lazos que hacen a lo común, en tanto se gestionan actividades que tramitan problemáticas que vivencia la comunidad, como la defensa de sus derechos para mantener una vivienda, acceder a alimentos autoproducidos, generar identidad barrial, la independencia de gestionar sus recursos como organización comunitaria, entre otros.

Tomando los aportes de Esteva (2012), el espacio cultural busca organizarse «desde los tejidos propios de la gente [...] un tejido social vigoroso que se define por la comunalidad, una forma de ser en que la condición comunal, el nosotros, forma la primera capa del sentido de la existencia propia» (p. 248). En la entrevista con los fundadores se explicita que este tejido social es construido desde sus principios de libertad, democracia y en contra de lo hegemónico. Por ello, es El Nido «el espacio para pensar y posicionar políticamente la relacionalidad y lo comunal como respuesta a las formas modernas liberales, estatales y capitalistas de organización social» (Escobar, 2014).

El Nido crea, abriga y potencia al colectivo, como espacio comunitario, frente a las amenazas del mundo exterior, siendo los desalojos y los estigmas sociales, los principales en el aquí y ahora. Ante esto, las acciones a tomar por parte del colectivo

se sopesan teniendo en cuenta, por un lado, los prejuicios con los que cargan (y que trabajan por transformar), y por otro, la necesidad de alcanzar una solución, en el medio de todo lo cual entran en juego lo comunitario, lo social y lo judicial.

De esta manera, pensamos en El Nido al modo en que conceptualizan Zibechi y Gutierrez como «sociedades en movimiento más que movimientos sociales» (Escobar, 2014, p. 54) que suman al sentir de lo que Escobar expone en su texto *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, como las vanguardias, constituidas por «movimientos sociales (indígenas, afrodescendientes, ambientalistas, campesinos y de mujeres) sobre las cuestiones de tierra y territorio» (Escobar, 2014, p. 14).

Nuestro paso por este particular espacio nos invita a continuar profundizando en su conformación, sus actividades y sus proposiciones frente a los conflictos e injerencias que, si bien extienden particularmente a este trabajo, sin duda, nos provocan regresar para continuar ahondando. Los propios entrevistados expresaron estar abiertos a lo que la Universidad les pueda aportar desde lo académico, así como también ellos pueden aportar desde su espacio la narración de sus experiencias comunitarias en intercambios horizontales y de retroalimentación. De esta manera, quedan algunas preguntas planteadas para un posible retorno a este espacio cultural: ¿Qué nuevos sentidos adoptará este colectivo en el futuro? ¿Podrá El Nido sostenerse frente a un evidente crecimiento poblacional para atender a las crecientes necesidades del colectivo? ¿Logrará sostener sus valores fundacionales de libertad y autonomía ante las fuerzas hegemónicas, que ellos perciben, imponen una lógica de lo institucional? ¿Qué conocimientos académicos pueden aportar al sostenimiento y desarrollo de este centro?

La comunidad de El Nido no olvida su camino recorrido, la conformación de su nombre, su crecimiento en el tiempo ni sus sueños iniciales. Como lo hemos mencionado en este artículo desde la voz de actores de este espacio, un lugar privilegiado para la historia y la memoria, por lo que no dudamos en que estos valores fundacionales como el respeto, la igualdad, la fraternidad y solidaridad podrán sostenerse en el tiempo.

La vertiginosa realidad los conduce a pensarse como espacio colectivo y en ello autoevaluarse, situación que provoca la necesidad de asumirse como gestores responsables y comprometidos con los intereses de la pluralidad de sujetos y situaciones que hacen a lo común, para enfrentar y transformar a través del aprendizaje y la práctica de saberes compartidos que los fortalece como comunidad.

Aproximarnos a los saberes y las prácticas pedagógicas populares enriquece la formación profesional desde la perspectiva de poner a prueba en territorio a la teoría, sustentar y nutrirla desde aquellos aportes que hacen a lo social, lo político y lo pedagógico, en sus cotidianas prácticas territoriales y en las innovaciones, en las que las comunidades «crean y recrean sus vidas» (Escobar, 2014, p. 88). Asumir la diversidad

de experiencias y reconocer su valor para la transformación de los cuerpos-territorios implica reivindicar la potencia de la educación popular en tanto fortalecimiento de lo común, en una sociedad que intenta borrar aceleradamente aquello que une a los sujetos.

Esta experiencia amplió nuestras formas de concebir los vínculos comunitarios, llevándonos a un sinfín de reflexiones tanto grupales como individuales de las cuales destacamos el entusiasmo contagioso que provoca el estar allí reunidos escuchando los relatos de nuestros entrevistados. Sin embargo, ellos nos advierten que no se debe romantizar la visión del espacio. La lucha forma parte del cotidiano y ellos mismos se dan cuenta de lo difícil que es, a veces, llevar a cabo sus cometidos. De todas maneras, persiste el deseo de continuar aprendiendo de este grupo humano valorando el privilegio de que nos abran sus puertas.

Referencias bibliográficas

- CORNU, L. (2012). Lugares y formas de lo común. En G. Frigerio y G. Diker (Comps), *Educación: posiciones acerca de lo común*. Paraná: Fundación La Hendija.
- DELIGNY, F. (2015). *Lo arácnido y otros textos*. Buenos Aires: Cactus.
- EL NIDO ESPACIO CULTURAL (2021, marzo 24). Bienvenido a La Capuera [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=RIkOUIqKBAU>
- EL NIDO ESPACIO CULTURAL (2022, julio 27). Visionarias son las personas que creen en un futuro al que plantea el mundo [Publicación de Instagram]. Recuperado de <https://www.instagram.com/p/Cghb47JlBX/>
- ESCOBAR, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana.
- ESTEVA, G. (2012). Los quehaceres del día. En G. Massuh (Ed.), *Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos) desarrollo en América Latina* (pp. 237-283). Buenos Aires: Mardulce.
- FEDERICI, S. (2022). *Ir más allá de la piel. Repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo* (Trad. Aránzazu Catalán Altuna). Buenos Aires: Tinta Limón.
- FOUCAULT, M. (1967). Of Other Spaces (1967), Heterotopias. *Michel Foucault, Info*. Recuperado de <https://foucault.info/documents/heterotopia/foucault.heteroTopia.en/>
- FREIRE, P. (1997). *Pedagogía de la esperanza: Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. Río de Janeiro: Paz e Terra.
- FREIRE, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GARCÍA, A., BALMACEDA, N., y MARTINA, D. (2022). Prácticas alimentarias de mujeres migrantes bolivianas desde la perspectiva de la autoatención. Aportes de los feminismos comunitarios para tejer diálogos y reflexiones. *Senti-pensarnos Tierra. Mujeres en lucha, ecologías políticas feministas y ecofeminismos: palabra y experiencia política en la defensa de la vida*, (9), segunda parte, 25-38.
- GUTIÉRREZ, R. (2017). *Horizontes comunitario-populares. Producción de lo común más allá de las políticas estado-céntricas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- LINSALATA, L. (2018). Repensar la transformación social desde las escalas espacio-temporales de la producción de lo común. En R. Gutiérrez Aguilar (Coord.), *Comunalidad, tramas comunitarias*

y producción de lo común. *Debates contemporáneos desde América Latina* (pp. 365-376). Oaxaca: Colectivo Editorial Pez en el Árbol, Editorial Casa de las Preguntas.

- MORALES, M. (2017a). Sujetos por la escuela: aportes desde la pedagogía social. *Ensino e Pesquisa. Revista Multidisciplinar de Licenciatura e Formação Docente*, 15(2), 192-209. <http://repositorio.cfe.edu.uy/handle/123456789/144>
- MORALES, M. (2017b). Más allá de la práctica educativa. En V. Muller (Org.), *Pedagogia social e educação social. Reflexões sobre as práticas educativas no Brasil, Uruguai e Argentina / Pedagogía Social y educación social* (Vol. 2, pp. 61-83). Curitiba: Appris.
- MORALES M. (2020). Educación Social: reflexiones complementarias a la necesaria formación académica. *Hachetetépe. Revista Científica de Educación y Comunicación*, (20), 79-85.
- OFICINA DE PLANEAMIENTO Y PRESUPUESTO (2011). *Perfil Municipal en: Observatorio Territorio Uruguay. Oficina de Planeamiento y Presupuesto*. Recuperado de Observatorio Territorio Uruguay (opp.gub.uy)
- RODRÍGUEZ, D. (2019). Pedagogía social y mundo del trabajo en la deriva del capital. *Convergencias*, 2(4), 29-42.
- RUGGIERO, G. (2012). La formación de los profesores de Filosofía o la paradoja del «giro filosófico». *Educar em Revista*, (46), 99-112. <https://doi.org/10.1590/S0104-40602012000400008>